

Del campo de batalla a las aulas. Revisitar a Ignacio en un año complejo

From the Battlefield to the Classrooms. Revisiting Ignatius on a Complex Year

José Luis Camacho Gazca

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA, PUEBLA, MÉXICO

jose.camacho@iberopuebla.mx

https://doi.org/10.48102/didac.2022..79_ENE-JUN.91



RESUMEN

A 500 años de la herida de san Ignacio, las instituciones educativas encomendadas a la Compañía de Jesús inician la conmemoración en un año atípico y complejo. La pandemia surge como una herida colectiva que exige un momento de reposo y curación. Los retos usuales de la educación superior encuentran hoy un panorama incierto que exige una revisión de nuestras tradiciones educativas y habilidades docentes, a la luz de la pedagogía ignaciana que hoy aparece como una oportunidad para situarnos en un momento complicado y evaluarnos sinceramente. Este texto pretende mostrar qué elementos de esa pedagogía van encontrando áreas de oportunidad entre nuestros estudiantes, además de ofrecer perspectivas a los docentes que se sienten limitados al momento de aplicarla a sus respectivos cursos.

Palabras clave: Ignacio; pedagogía; pandemia; revisión; tradición educativa.

ABSTRACT

Five hundred years after the wound of St. Ignatius, the educational institutions entrusted to the Society of Jesus begin the commemoration in an atypical and complex year. The pandemic emerges as a collective wound that demands a moment of rest and healing. The usual challenges of today higher education find an uncertain panorama that demands a revision of our educational traditions and teaching skills, in the light of the Ignatian pedagogy that today appears as an opportunity to place ourselves in a complicated moment and to sincerely evaluate ourselves. This article aims to find out what elements of that pedagogy are finding areas of opportunity among our students and offer perspectives to teachers who feel limited when applying this pedagogy to their respective courses.

Keywords: Ignatius; Pedagogy; Pandemic; Revision; Educational Tradition.

Fecha de recepción: 17/06/2021

Fecha de aceptación: 31/08/2021

Ignacio no era pedagogo. Cuesta trabajo pensarlo cuando relacionamos su nombre con un legado educativo considerable. A diferencia de La Salle, Calasanz o don Bosco, Ignacio no redactó instrucciones exhaustivamente precisas sobre el proceder en las aulas. Su paso por ellas fue breve (siete años), pero determinante para su obra educativa. Aun así, es probable que la mayoría de sus comentaristas dejen el asunto educativo como un apéndice en la vida del fundador. Fue ajeno a algunos procesos pedagógicos que aparecieron mucho después y desconocía el concepto moderno de evaluación. No obstante, la inclusión de los jesuitas en el ámbito educativo era inevitable por varias razones: 1) la rápida aparición de colegios encomendados a la Compañía en Europa es un capítulo inmediatamente posterior a la muerte de Ignacio en 1556; 2) paulatinamente, la pedagogía que lleva su nombre se convertiría en un referente para todas las escuelas implicadas; 3) se trata de un concepto amplio y sujeto a cambios que, a veces, podrían parecer radicales e incluso contradictorios; y 4) al observarla de cerca, la pedagogía ignaciana ha podido sortear con éxito los espíritus de cada época sin perder su esencia, fruto de una experiencia concreta que se va diversificando con cada persona que decide seguir los pasos de Ignacio en su búsqueda interior. Aunque los desafíos que enfrenta hoy son parecidos a los de otros tiempos, me atrevo a decir que quizá nunca había tenido tanta pertinencia, pero también resistencia. En este breve texto trataré de exponer las razones.

Las ideas pedagógicas de Ignacio están atravesadas intensamente por el tipo de reflexión que los *Ejercicios* le imprimen a toda actividad cotidiana y son fruto de la maduración reflexiva del santo y de todo aquel que decide seguir sus pasos. Pero debemos tener en cuenta que Ignacio tuvo a la mano, al menos, tres grandes tradiciones académicas que comparar, si consideramos su paso por Barcelona, la Universidad de París y su contacto con las universidades italianas. Como todos, tuvo buenos y malos maestros y, con seguridad, una opinión acabada de todos los colegios en los que estuvo, la cual podía no concordar con algunos de sus contemporáneos (re-

cordaba con afecto la Universidad de París, pero no así Erasmo que llegó a detestarla). Es posible que al final de su vida considerara a la tradición académica de Roma (a la que llamaba *modus italicus*) como superior a otras por la simple razón de su sumisión a la Santa Sede. Pero eso no significa que no comprendiera a cabalidad las diferencias entre academias y su diversidad (lo que explica su voluntad de sacar adelante un colegio para alemanes en Roma y también que se acercara a algunos aventajados en cultura africana para proponer la formación de misioneros a Abisinia). Detrás de esto, hay un propósito concreto más allá del *Ad Maiorem Dei Gloriam*, pues Ignacio consideraba la misión educativa de la Compañía como un asunto remedial. Pero ¿de qué? De lo que él percibía como un desorden que empañaba igualmente el ámbito intelectual. Creía que la ruptura protestante con Roma había infringido a Europa una fractura que podía resarcirse insertando los hombres adecuados en los ambientes correctos. Estaba convencido de que la categoría de *error* comenzaba en lo dogmático y terminaba en lo práctico. Preparó a los jesuitas para combatir ese error y les imprimió un fervoroso celo por las almas dentro de ese combate, que se percibía definitivo para el futuro de la cristiandad.

Aun así, ese celo habría sido inútil e imprudente sin un método concreto. E Ignacio lo notó tanto en los estudiantes como en los maestros, por lo que consideró, no pocas veces, el prodigio que implica el solo hecho de poder estudiar:

Después tengan deliberación firme de ser muy de veras estudiantes, persuadiéndose no poder hacer cosa más grata a Dios nuestro Señor en los Colegios, que estudiar con la intención dicha; y que quando nunca llegasen a exercitar lo estudiado, el mesmo trabajo de estudiar, tomado por caridad y obediencia, como debe tomarse, sea obra muy meritoria ante la divina y summa Magestad. (Loyola, 1977, p. 523).

Desde las recomendaciones en las *Cartas e instrucciones* al fundar los colegios hasta los documentos

previos a la *Ratio Studiorum*, se percibe un énfasis en la inutilidad de todo esfuerzo sin la preparación adecuada. Ignacio habría detestado al profesor que entra en el aula con un libro bajo el brazo y comienza a improvisar con un café en la otra. Sabía de la preparación de los “adversarios” y no deseaba que los jesuitas quedaran en desventaja. Entendía perfectamente que los títulos y los honores de las academias poco servían sin la conjunción de ese celo y de los métodos correctos. Ignacio tuvo el equivalente a un *máster* de nuestros días, pero eso no le impidió formar a otros hombres con credenciales académicas más abultadas. Lo pudo hacer porque entendía cómo la acción del Espíritu se traducía en las acciones pertinentes a través de la introspección y el examen, fruto de los *Ejercicios* y de la obediencia y la unidad que emanan de las *Constituciones* (lo que muchos conciben hoy como lo *ignaciano* y lo *jesuítico*). Ignacio puso a disposición de los jesuitas los maestros necesarios y prescindió de los que no abonarían nada a su misión. Y cuando se sintieron listos para emprender la nueva encomienda, cristalizó en el capítulo IV de las *Constituciones* los aspectos principales de la educación a impartir en los colegios y universidades de la Compañía. Ordenó tiempos, sugirió la calidad de los materiales para cada etapa y urgió a realizar un esfuerzo para comprender las particularidades de cada alumno. Por tanto, la prioridad dada a la teología se explica como un ejercicio remedial, en este caso, del clero, al cual Ignacio percibía como mal formado y necesitado de buenos maestros que, antes de conocer la teología, debían ser poseedores de la *cognición de las letras de humanidad* (Loyola, 1977, p. 539). Así, la universidad sería un espacio que cumpliría esa función específica que, eventualmente, iría impactando también en aquellos que no necesariamente fueran a ejercer el sacerdocio.

Para San Ignacio, la Universidad, corona y cima de la organización cultural, tiene un cuádruple objetivo, a saber: ser la conservadora de la vida superior del espíritu. Como institución de enseñanza es un órgano de la herencia cultural, y su tarea

es el mantenimiento y perfeccionamiento de esa herencia. La Universidad debe cuidar de la preparación de vocaciones superiores que rindan en la sociedad un servicio próspero; ella debe ser la iniciadora de las investigaciones científicas, la formadora de hombres y personalidades que sean directores espirituales de la nación, y, finalmente, a la Universidad se le exige la elevación del nivel de la cultura del pueblo. (Garmendia, 1956, p. 10).

El desarrollo posterior de la *Ratio Studiorum* y de la obra educativa de la Compañía en todo el mundo son herederas de esos esfuerzos de unidad y cohesión. Sin embargo, esa solidez está atravesada por la gran paradoja de la espiritualidad de Ignacio: el papel de la libertad. En las *Constituciones* y en la *Ratio* abundan las citas que apelan a la decisión del superior o del maestro, las cuales están influidas por ciertas circunstancias o deliberaciones fruto de la necesidad o del contexto. Desde siempre, el docente ignaciano es todo terreno, usa lo que tiene a la mano y evoluciona conforme a las condiciones que le lanzan retos concretos. Y así, podemos trazar la ruta desde el fulgor del Colegio Romano pasando por la Sorbona y, de ahí, partir a Coimbra para tomar un barco que nos lleve a Goa y a América, o incluso a Japón. En los continentes al alcance, con oportunidad o sin ella, la Compañía va forjando una tradición educativa que la Supresión de 1773 no pudo interrumpir por completo (sobrevivió en amplias regiones de Prusia, Polonia y Rusia). Tras la Restauración de 1814, los jesuitas se reorganizaron para volver a ocupar antiguos lugares y fundar nuevos. El prestigio de la pedagogía ignaciana llega al siglo xx intacto y con posibilidades de continuar a pesar de que los retos sean distintos y las realidades hayan cambiado drásticamente. Esto llevó, obviamente, a una revisión necesaria que ya conocemos y que terminó afinando las preferencias apostólicas, especialmente en América Latina, y que puso énfasis en la búsqueda de un mundo más justo. Sin embargo, las glorias pasadas son difíciles de traducir y de compartir.

Si ya en el siglo xviii había tantas quejas sobre la educación de la Compañía por parte de los ilustra-

dos (por el hecho innegable de que la Orden fuera un producto del antiguo régimen), actualmente, la pedagogía ignaciana pasa por momentos difíciles, sobre todo en el terreno de la recepción. Éstos no son los tiempos del fundador. La idea de sujeción, de orden, de cohesión en torno a un centro, está perdida para muchos. Gran parte de las observaciones de Ignacio y de muchas de las figuras importantes en la Compañía hoy no pasarían los filtros de corrección política que impregnan a las clases educadas. Resulta muy complicado escindir los aspectos más polémicos de la época de Ignacio al momento de proponer su vida como un referente para nuestros estudiantes. Esta pedagogía, al tener su centro en la profunda experiencia espiritual de Ignacio, a veces, no corre con mucha suerte debido a su filiación con la esfera de lo religioso, que hoy más que nunca enfrenta la crisis de su propia marginalidad.

La dirección de esta época hace que nuestros jóvenes tengan cierta desconfianza con todo aquello que implique un método concreto y con pasos rigurosos. A la mayoría les repudia una introspección mediada por otra persona, al menos por alguien que perciban como “institucional”, por decirlo de algún modo. En el caso de la pedagogía ignaciana, sólo aquellos que han estado en contacto con la tradición espiritual de la Compañía, ya sea en su vida religiosa o en las primeras etapas de su formación, saben de qué se trata. Para aquellos que llegan a la universidad sin estas ventajas, las dos palabras evocan poco o nada. A 500 años de la herida de san Ignacio, resulta oportuno volver a preguntarnos por la pertinencia de la pedagogía del herido de Pamplona. ¿Cómo salir al encuentro de una juventud a la que Ignacio percibiría como demasiado audaz y llena de *novelería*? ¿Cómo poder ajustar esa pedagogía a los nuevos entornos digitales? ¿De qué manera podemos aplicar nuestros dinamismos para no rendirnos a la distopía?

Ignacio no podría haberse imaginado un escenario como el actual, donde el aula es un recuerdo y el maestro no es visto sino *visionado* en un dispositivo. En este sentido, la planeación y capacitación se convierten en algo primordial si deseamos sacar la clase

adelante. Si presencialmente una clase desestructurada causa molestia y fatiga, virtualmente es todavía peor. Al respecto, ya se pueden consultar variadas propuestas en las instituciones jesuitas, que intentan asimilar la estructura de la oración ignaciana a la clase virtual, poniendo énfasis en los momentos clave de preparación, elección y examen. Aunque es un ejercicio pertinente, puede resultar estéril si no se comprende adecuadamente de qué forma nuestras potencias y dimensión física se traducen de manera continua en las distintas plataformas. En palabras de Bontorín y Lazzaroni, hemos de:

[...] pensar cada clase como un encuentro valioso, que valga la pena, que deje huellas porque se produjo “un encuentro” con el aprendizaje, con uno mismo, con el otro y con Dios. Personalizar la relación a distancia es la clave, contextualizando a nuestros alumnos y sus familias, sabiendo que en este tiempo se produjo un nuevo contexto familiar, un nuevo alumno, y que, en la virtualidad, aflora la heterogeneidad de nuestro grupo-clase. (Bontorín y Lazzaroni, 2018, p. 5).

Antes tendríamos que ubicar la naturaleza de nuestras asignaturas y los recursos que pudieran ayudarnos a sacar adelante los contenidos. ¿La clase es muy visual? ¿O se presta más a lo auditivo? ¿Apela a lo kinestésico con los materiales que tenemos a la mano en casa? ¿Requiere dirigirse hacia otros materiales asíncronos? Las respuestas a esas preguntas nos ayudarían a comprender el sentido de esta traducción. Existen, en el reino audiovisual, materiales realmente notables en la red, que se erigen como herramientas fantásticas, siempre y cuando apliquemos el tanto cuanto ignaciano a su uso y abuso. Gran parte del proyecto estético posmoderno reside en la posibilidad de asir una realidad diversa y dinámica de modos inéditos, que de ninguna manera sustituyen a los reales, pero que pueden potenciarlos de forma más que eficiente. La posibilidad de perdernos en la búsqueda de esos recursos es real, y para evitarlo es posible que nuestros jóvenes nos ayuden. ¡Menuda oportunidad de aprender para los maestros!

Una dimensión que Ignacio hubiera comprendido mejor es la de la *cura personalis*. Él no tuvo Teams ni Whatsapp, pero su abundante correspondencia con sus colegios le permitió aconsejar, decidir y orientar asuntos de suma importancia para el proyecto educativo jesuita. Hoy, la necesidad de esa *cura personalis* se multiplica de manera exponencial. Alumnos heridos por la ausencia de un ser querido, vulnerados por la situación económica, intimidados por la brecha digital o simplemente convertidos en eternos *flaneurs* de absurdos digitales piden a gritos un tipo de acompañamiento. El modo de ayudarlos también está en nuestra pedagogía, aunque las herramientas cambien. En palabras de L. F. Klein:

La ausencia de proximidad física y de comunicación gestual con los alumnos lleva a los educadores, no solo a los tutores, a practicar la ‘cura personalis’ de modo más frecuente, a través de otras formas de comunicación, por WhatsApp, por chats y foros. La propia crisis de la pandemia lleva a los educadores a no restringirse a su asignatura, sino a atender por la salud emocional de los alumnos. Sorprendentemente, ¡la educación remota hace que alumnos y profesores se sientan más cercanos! (Klein, 2020, p. 14).

Esa paradoja reviste sus limitaciones. Pese a que se trata de procesos incompletos, no significa que no produzcan un efecto presente. Nuestra pedagogía

nos invita a ser versátiles en ese sentido. Y también prudentes para ubicar cuándo un acompañamiento es genuino, libre de segundas intenciones o de afectos desordenados. Quizá ésta sea la preocupación más grande que tenemos varios docentes: ¿La comunidad que se forma virtualmente es genuina o solamente es un modo de singularidad compartida y exhibida, a veces, de forma excesiva? Pregunta primordial en un momento en el que la intimidad se desvanece y cede ante las necesidades producto de la pandemia. Vivir la comunidad virtualmente no nos exime de visitar nuestra individualidad y conciencia, la cual puede discernir la naturaleza de las relaciones y hacernos capaces del examen ignaciano. En palabras de Ellacuría, “hay una autonomía de la propia individualidad en la estructura social —no sólo no se excluyen, sino que se incluyen estructura social e individualidad—, y en esa individualidad juega un papel decisivo la relativa autonomía del pensamiento” (1976, p. 14). Tenemos el deber de que cada uno de nuestros alumnos encuentre su propia voz en un contexto que se presta a falsos profetas y siniestros pastores.

En años recientes ha habido un repunte en el impulso de los diversos tipos de ideologías en las antípodas del pensamiento, potenciados por las tecnologías de la comunicación. Nuestros estudiantes son particularmente vulnerables a aquellas que apelan a algún tipo de liberación de estructuras opresoras. En el marco de aspiraciones legítimas y de luchas perti-



entes, especialmente en América Latina, se puede percibir un diálogo cada vez más empantanado por excesos discursivos y propagandas sutiles. La pedagogía ignaciana, que pide una acción encarnada en realidades concretas, se presenta como una oportunidad de pasar por encima de estridencias y sinsentidos. Desde los convulsos años 70, se advertía esta necesidad en palabras de Ellacuría y de otros que tuvieron que dialogar con sectores antagónicos. Percibían el modo en el que la ideología debilitaba las capacidades de reflexión y de autocrítica, y convertía a hombres y mujeres de bien en agentes de estructuras cuyos intereses, con frecuencia, eran mezquinos. Por eso, las instituciones de la Compañía no pueden dejar de advertir sobre estos riesgos ni permitir que se cuelen en las aulas. El documento *Pedagogía Ignaciana. Un planteamiento práctico* lo esboza mejor:

No queremos un programa de indocctrinación que sofoque el espíritu; ni tampoco tratamos de organizar cursos teóricos especulativos y ajenos a la realidad. Lo que se necesita es un marco en el que buscar la manera de abordar los problemas y valores de la vida, y profesores capaces y dispuestos a guiar esa búsqueda. (Compañía de Jesús, p. 5).

Ignacio valoraría la complejidad de estos cuestionamientos. Pero no le gustaría rematar las discusiones con un meme o un *unfollow*. Trataría de encontrar una solución desde la lógica de cada disciplina. A los profesores nos toca encontrar los modos de ayudar a los alumnos a salir al encuentro de las ideas en un ambiente de posverdad, donde las mentiras se visten de verdades parciales para arraigarse. Incorporar en nuestras clases ese cuestionamiento se traduce en un manejo honesto de los recursos digitales a la mano, reconociendo tendencias y haciendo investigación previa de los sitios de los que estamos tomando los materiales.

El último aspecto que quisiera abordar es el de las preferencias apostólicas. En este tiempo atroz que acentúa la desigualdad en la región, nuestros alumnos deben estar plenamente conscientes de que la ventaja de poder acceder a la educación virtual debe traducirse en esfuerzos para reducir las brechas

sociales abiertas por la pandemia. Ignorar el privilegio sólo puede llevar a una falsa idea de superioridad académica. En un mundo en el que a veces estar “en línea” es más importante que “estar”, tenemos que compartir con el alumnado la perspectiva de aquellos rezagados en este tiempo pandémico. La necesidad de una sana cultura de la calidad para todos, y no solamente para una minoría que la reclama como derecho de clase, permea nuestros programas y se enfoca con tesón en una búsqueda creativa de su aplicación en los diferentes niveles sociales. Hemos de presentar el culto a la excelencia como un risueño pacto con el cinismo si ésta no lleva a una mejora real de la vida, sino únicamente a mejorar la apariencia o la autopercepción. Sólo así podremos depurar el concepto de éxito, cuyas malas interpretaciones causan tantas amarguras a nuestro alumnado.

Conclusiones

A 500 años de la herida de san Ignacio, las implicaciones del proceso que arrancó entre la sangre y el lodo de Pamplona nos conciernen a todos los que llevamos al herido en el corazón. Para los docentes, significa revisiones necesarias para poder ser sinceros y saber si estamos encendiendo nuevos fuegos o solamente preservando cenizas. La tentación de asimilar la reciente pandemia con el cañonazo puede parecer desmesurada, pero tiene sentido para aquellos que la experimentaron de la peor manera. Millones de familias mutiladas, espacios silenciosos, lugares vacíos en la mesa y nuestras aulas desiertas. Todas ellas, heridas, sin duda alguna, que reclaman algún tipo de reposo y curación. Pero vendrá el momento del ímpetu y de recuperar el tiempo perdido. Vendrán oportunidades para demostrar que aprendimos algo y que valoramos lo que perdimos. Llegará el tiempo de honrar a los caídos y de regresar para continuar la vida donde la dejamos... O bien, de tomar rumbos desconocidos y promisorios. Para nosotros, es un tiempo de espera que se ha demorado mucho. Anhelamos la vuelta a la experiencia educativa completa, más allá de las ventajas que la tecnología nos brindó en este tiempo. Hago votos

para que ese cara a cara tan esperado nos regale la oportunidad de seguir desplegando la pedagogía de san Ignacio con todo su potencial, el cual nos permite el diagnóstico de lo que nos falta y contar con la imaginación necesaria para pensar en lo imposible, así como con la voluntad de salir a su encuentro, con la paciencia de ir a cada uno según sus particularidades y, sobre todo, con la voluntad para que los que somos comunidad ignaciana decidamos, en libertad, el siguiente paso. Y reitero el protagonismo de nuestros estudiantes, como lo ha hecho el general Arturo Sosa:

A los jóvenes les digo, queremos aprender a acompañarlos. Queremos aprender de ustedes. Cada uno de ustedes es único, ha nacido con un proyecto especial. Ignacio luchó para descubrir el sentido de su vida. En él pueden encontrar inspiración en la búsqueda que cada uno de ustedes está haciendo para hacer de su vida algo signifi-

cativo, una contribución a un mundo mejor, en el que se respete la dignidad de las personas y se conviva gozosamente con la naturaleza. (Sosa, 2020, p. 1).

Que san Ignacio nos ayude a acompañar a los que se nos ha encomendado. Y para hacerlo bien, la revisión de nuestras prácticas docentes, políticas educativas y habilidades pedagógicas debe estar libre de nostalgias limitantes y de audacias infundadas, ambas reconocidas por san Ignacio como un peligro al momento del discernimiento. Costará trabajo evaluar las heridas recientes, redefinir los rumbos y encontrar la fuerza para tomar el primer impulso. Igualmente, será complicado reconocer los signos del nuevo comienzo, pero la historia de Ignacio y de los suyos es experta en regresos improbables y resurrecciones repentinas. Seamos “pues, *muy de veras estudiantes*” y “*maestros con particular intención*”. La vida nos va en ello.

REFERENCIAS

- Bontorín, S. y Lazzaroni E. (2018). *Manual Clase Ignaciana: nuestro modo de proceder*. Buenos Aires: PPC Cono Sur.
- Compañía de Jesús. *Pedagogía ignaciana. Un planteamiento práctico*. Recuperado de http://www.sjweb.info/documents/education/pedagogy_sp.pdf.
- Ellacuría, I. (1976). *Filosofía, ¿para qué?* Recuperado de [file:///C:/Users/714146/Downloads/filosofia-para-que%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/714146/Downloads/filosofia-para-que%20(1).pdf)
- Garmendia de Otaola, A. (1956). *Las ideas pedagógicas de San Ignacio de Loyola*. Recuperado de <https://revistadepedagogia.org/wp-content/uploads/2018/06/1LasIdeasPedagogicas-DeSanIgnacioDeLoyola.pdf>
- Klein, L. F. (2020). *La educación jesuita frente a la pandemia* Recuperado de <http://jesuitasaru.org/la-educacion-jesuita-frente-a-la-pandemia/>
- Kolvenbach, H. (1966). *El proceso de convertirse en persona: Mi técnica terapéutica*. Buenos Aires: Paidós.
- Loyola, I. (1977). *Obras completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sosa, A. (2020). *La oportunidad del Año Ignaciano 2021-2022*. Recuperado de <https://www.jesuits.global/es/2020/07/29/la-oportunidad-del-ano-ignaciano-2021-2022/>

SEMBLANZA

Es licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica y maestro en Estética y Arte por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Entre sus reconocimientos académicos están el Diplomado en Estudios Medievales por parte de la Orden Dominicana; el segundo lugar del Premio Filosofía y Letras en la categoría de ensayo con el trabajo “Sobrevivir en Babel”; y diferentes seminarios entre los que figuran diversas ediciones de las cátedras Eusebio Kino, Ignacio Ellacuría y Alain Touraine en la Ibero Puebla. Ha sido curador de varias exposiciones de arte virreinal en el Museo de Arte Religioso de Santa Mónica y en el Museo Universitario Casa de los Muñecos, ambos en Puebla. Ha publicado ensayos en la Colección La Fuente de la BUAP, en *Consultario*, en la *Revista Rúbricas* y otras publicaciones de corte académico. Actualmente, es académico de tiempo completo en el departamento de Humanidades en la Ibero Puebla.